

tal nobleza y delicadeza en los sentimientos generosos, que á pesar de su extremada penuria, nunca consintió que sus jóvenes cuñados fueran á implorar la caridad pública. La idea que se habia formado de sus deberes le hacia pensar que podria merecer reproches si su familia recibiese socorros extraños. Preferia darles todo el pan que tan penosamente ganaba, y exponerse, como le sucedió varias veces, á caerse de inanicion en medio de su trabajo.

Nadie le oyó una queja ni tampoco una alabanza; y despues de perseverancia tan enérgica, se ignoraria aún su abnegacion, fuera del estrecho recinto de su pueblo, si el amor de la humanidad no hubiera llevado á él un cirujano distinguido que emprendió la tarea de devolver la vista á los tres ciegos. Desgraciadamente no logró su objeto; pero testigo de los esfuerzos que por espacio de diez años hacia el jefe de aquella numerosa familia, reveló sus necesidades, sus desgracias y sus nobles deudas; por esta feliz indiscrecion se hizo pública aquella virtud tan constante y generosa, atrayendo sobre ella honrosas recompensas.

La esposa de Grocio¹.

A consecuencia de una contienda religiosa que sostuvo el ilustre Grocio donde su partido fué vencido, fué condenado á prision perpétua y encerrado en el castillo de Lœvestein². Su esposa alcanzó el permiso de ir á verle con frecuencia y llevarle la ropa que necesitaba.

Esta mujer prudente y animosa, habia notado mas de una vez que los guardias descuidaban registrar un gran cofre, en donde tenia costumbre de llevarse la ropa sucia, y se aprovechó de esta negligencia para aconsejar á su marido se encerrara en el cofre y escaparse de este modo. Con este objeto, tuvo la precaucion de hacer algunos agujeros en el cofre para facilitar la respiracion. Estaban tan bien tomadas sus medidas, que siguiendo su marido

1. Sábio holandés nacido en 1583, falleció en 1646.

2. Lœvestein, en Holanda, provincia de Güeldres.

el consejo, consiguió evadirse, y fué llevado en el cofre á casa de un amigo suyo. Desde allí marchó disfrazado á Amberes y pasó á Francia, donde fué muy bien recibido.

Con el fin de dar á Grocio tiempo de huir, é impedir á la vez que cayera otra vez en poder de sus enemigos, fingió su esposa que se hallaba enfermo su marido, y con este pretesto evitó que entrara nadie en el cuarto que le servia de cárcel. Cuando tuvo la conviccion de que su esposo estaba en salvo, dijo á los carceleros, en son de burla, que el pájaro habia volado.

Al principio fué cuestion de formarla causa criminal, y aún hubo jueces que opinaban por que debia quedar presa en lugar de su marido; pero la mayoría de los votos decidió en favor del amor conyugal. La noble esposa fué puesta en libertad y todos aplaudieron su proceder. Madame de Lavalette imitó despues, en Francia, este rasgo con el mismo éxito.

HERMANOS Y HERMANAS.

¿Cómo hallareis amigos fieles entre los extraños si sois indiferentes á los amigos que os ha dado la naturaleza? (*Moralistas antiguos.*)

El amor á vuestros semejantes debe comenzar á manifestarse en toda su perfeccion con aquellos con quienes estais ligados por la mas estrecha de toda clase de fraternidad, es decir, lo que proviene de los vínculos de la sangrn. (SILVIO PELLICO.)

Los dos hermanos.

La discordia se interpuso entre dos hermanos, unidos estrechamente desde la infancia y divididos por la posesion de una tierra perteneciente á la herencia de su padre. Habíanse agriado sus ánimos, ámbos se habian ofendido de palabra y sus disputas y su odio les hacian desgraciados. Uno de ellos fué á ver al cura de aquel pueblo y le manifestó su sentimiento, diciéndole: «Ese pedazo de tierra es mio y no creo que deba perder lo que me pertenece...» El buen cura le respondió: «¿Cuánto produce ese pedazo de tierra? -- Treinta francos al año cuando la cosecha es

buena. — ¡Treinta francos!..... ¿Qué se puede comprar con ese dinero? ¿Un vestido, un mueble, un hectólitro y medio de trigo? — Sin duda. — Otra cosa se podría comprar que valdria mas. — ¿Cuál? — Si con ese dinero podeis aseguraros un amigo que os socorriera en vuestras necesidades, que viniera en las noches de invierno á sentarse en vuestro hogar, que os ayudara en la siega ó á encerrar la cosecha, que tuviera cariño á vuestros hijos y fuera su protector, ¿no valdria esto treinta francos? — ¿Qué quereis decir con eso, señor cura? — Quiero decir, amigo mio, que por ganar treinta francos perdeis cosa que vale mas: perdeis un hermano, que ha sido vuestro amigo y compañero de infancia, que ha sido mecido en los brazos de una misma madre y amamantado en el mismo seno. Quiero decir que por ganar treinta francos perdeis la alegría y la tranquilidad de vuestra vida. — Puede muy bien que así suceda, señor cura, ¿pero qué he de hacer? — Yo hablaré con vuestro hermano, y tal vez haya medio de arreglarlo todo.»

En efecto, el buen sacerdote fué á ver al otro hermano, y empleó con él poco mas ó ménos el mismo lenguaje; cuando le vió ya algo indeciso, le habló de su anciana madre, y del padre que ya no existia.... « ¿ Quereis afligir á vuestra madre en su vejez? le dijo; ¿ qué diria vuestro padre si alzara la cabeza y presenciara las querellas de sus hijos? El odio entre los hermanos es el dolor de los padres... » Corrieron las lágrimas por el rostro del aldeano, y corrió á abrazar á su hermano, y olvidando ámbos su animosidad rogaron al sacerdote se erigiera en árbitro de su discusion, quien tuvo poco trabajo en arreglar la diferencia, devolviéndoles desde aquel momento la tranquilidad.

La señorita de Rigny.

[Siglo XIX.]

Los acontecimientos de la Revolucion habian privado á la señorita de Rigny de toda su familia. Retirada en una casa

aislada en medio del campo á la edad de veinte años, cuidaba á la vez de la casa y de la educacion de su hermano, que no contaba con otro apoyo que ella. Su deseo era que su hermano entrara en la Escuela politécnica; pero, ¿ cómo podia prepararle para ello? ¿ Cómo podia darle al mismo tiempo la educacion literaria? Los colegios han desaparecido, y las escuelas de instruccion que comenzaban á establecerse, no le parecian á la señorita de Rigny dignas de su confianza. Su fraternal cariño la inspiró una idea verdaderamente noble, y se puso á aprender todo lo que debia saber su hermano para enseñárselo. Por árido que pueda parecer este trabajo á una mujer, la señorita de Rigny se entregó á él con perseverancia y consiguió el mejor resultado; la lengua latina, la literatura antigua y moderna, la elocuencia, la historia, los diversos ramos de las matemáticas, todo lo aprendió y lo enseñó á su hermano; el jóven Rigny fué admitido en la Escuela politécnica sin haber tenido otro maestro que su hermana.

Este mismo Rigny fué quien, con el grado de almirante, mandaba la escuadra francesa en Navarino¹; y tiempo despues desempeñó el ministerio de Marina².

Tal fué el glorioso puesto que le preparó la infatigable abnegacion de su hermana.

Aubry.

El 31 de octubre de 1800 se efectuó la apertura de la esclusa de Vermanton³ que habia sido construida de nuevo. Estéban Aubry sabe que su hijo, de edad de doce á trece años, conduce la popa del tren de balsas que debe pasar primero. Alarmado del peligro que corre en una esclusa nueva, va á buscarle y se embarca con él para estar á la mira. En efecto, apénas habia pasado la mitad del tren, cuando la otra mitad se sumerge á mas de dos metros;

1. Ciudad y puerto de Grecia en la Morea; las escuadras aliadas de Francia, Inglaterra y Rusia destruyeron la flota turca y egipcia en 1827.

2. Falleció en 1835.

3. Vermanton está á 22 kilómetros de Auxerre; esta esclusa da paso á las maderas flotantes.

Aubry tomó á su hijo con un brazo y con el otro se afianzaba en el tren; pero la violencia de la corriente los separa, y desaparecen en los espumosos molinos de agua.

El hijo mayor de Aubry, inválido militar, privado del brazo izquierdo, testigo de aquel terrible espectáculo se desesperaba viendo perecer á su padre y hermano sin poder ir en su auxilio.

El padre, sin embargo, consigue subir á bordo, merced á un largo remo que se le habia puesto al alcance, pero el niño, á quien se le habian presentado varias veces, no pudo asirle. Iba á apoyarse; su hermano, entónces, no consultando sino su corazon, se echa á nado, y á pesar de faltarle un brazo, coge al niño, le toma acuestas y le saca sano y salvo á la orilla.

El hijo del mercader.

Un comerciante de Lóndres tenia dos hijos de caracteres opuestos; el primogénito, orgulloso y malo, aborrecia á su hermano menor, que con su dulzura y amabilidad se conquistaba el afecto de todos. Murió el padre cuando el hijo segundo contaba diez y ocho años; el mayor se puso al frente de la casa y comenzó por arrojar de ella á su hermano. En regándose luego á sus pasiones, creyó que la herencia paterna era inagotable, mas, empresas demasiado arriesgadas produjeron pérdidas de consideracion; su carácter alejó de él la confianza de las personas honradas y no tardó en ver comprometidos sus intereses.

El hermano menor se desanimó en un principio; su corazon estaba henchido de amargura y se decia á sí mismo: « Si mi hermano me trata así, ¿qué puedo esperar de los extraños? » No obstante recobró su valor, comenzó á emprender algunas operaciones comerciales, y ayudado por sus amigos, sostenido por la buena reputacion que supo adquirir, rico con la confianza que inspiraba, no tardó en ver prosperar sus negocios y aumentarse su fortuna.

Quince años habian trascurrido, y durante este inter-

valo ¡qué cambios tan notables produjeron los acontecimientos!

El hermano mayor se vió reducido á una situacion deplorable, salió de Inglaterra para buscar recursos en los países extranjeros, teniendo que regresar por último á su patria pobre, sin asilo y obligado á mendigar el pan.

Un día que habia andado algunas leguas, cansado, estenuado, buscaba un abrigo donde poder reposar, cuando vió al extremo de una bella alameda una habitacion elegante situada en medio de una verde pradera y esmaltada de flores.

Al acercarse vió unos niños que jugaban sobre el césped al lado de su madre, y á alguna distancia de ellos un hombre que daba órdenes á los trabajadores y que parecia ser el dueño de aquella hermosa quinta. Adelantóse el infeliz; sus ropas destrozadas denotaban bien claro su miseria y balbuceó algunas palabras manifestando lo que necesitaba.

El dueño de la casa era muy caritativo; hizo que le socorrieran como era debido, y conversando con él despues con afabilidad, le preguntó la causa de su infortunio. El desdichado sintió ensancharse su corazon; refirió su historia, y hasta llegó á pronunciar el nombre de su padre.

A medida que iba hablando, se iba conmoviendo mas y mas su interlocutor, pero conteniendo en su pecho lo que sentia, invitó al pobre para que pasara la noche en su casa; hizo que le preparasen una habitacion cómoda y mandó que se le cuidase con el mayor esmero.

Al dia siguiente le preguntó: « Ayer me hablásteis de vuestro padre; ¿erais, pues, hijo único? — No señor, tenia un hermano. ¡Pero este recuerdo me es muy doloroso! un hermano á quien yo debia querer y que arrojé de mi lado; ¿por qué me haceis esa pregunta? — ¡Yo soy, yo soy tu hermano! » respondió el otro llorando, y arrojándose en sus brazos le estrechó en su corazon.

Asombrado y confuso el hermano mayor de arrepentimiento, gratitud y alegría, no podia hablar. « ¡Her-

mano mio! » exclamó, sin que pudiera salir otra palabra de su boca, estallando en sollozos y derramando copiosas lágrimas. « Desde ahora te quedas en mi casa, dijo el menor; puesto que yo soy rico, tú también lo eres; viviremos juntos y olvidaremos las pasadas penas. »

La vuelta del cautivo.

El jóven Drymel, de nacion francesa, cayó en poder de los rusos en la campaña de 1812¹; fué enviado á Siberia en cuyo espantoso país permaneció hasta que la paz de 1815 abrió á los cautivos las puertas de su patria. Drymel, cuya salud se habia alterado profundamente con las fatigas y el rigor del clima, marchó con sumo trabajo por los caminos de Europa en compañía de otros prisioneros; pero al llegar á un pueblo cerca de Moscou, sus fuerzas le abandonaron por completo; se detuvo allí no dudando que se acercaba su última hora y se despidió de sus compañeros que continuaron su camino hácia Francia.

Algunos años transcurrieron sin que pudiera volver á su patria; su familia le creia muerto, pero despues de haber pasado cinco años en un hospital entre la vida y la muerte, la primavera de 1819 pareció devolverle las fuerzas y el valor. Púsose en camino, y á medida que andaba se sentia con mayores ánimos; pronto llegó á la frontera, y al poner su pié en la tierra de Francia se conmovió su alma de un modo imposible de describir. Se apresura ir á Lyon, su patria, llorando de gozo al volver á ver los sitios donde habia pasado sus primeros años. Sin darse á conocer, preguntó por la casa de sus ancianos padres, y sólo le pudieron indicar los sepulcros donde reposaban. Le dijeron que el señor y la señora Drymel habian tenido un hijo que habia muerto en Rusia, y que por lo tanto habia quedado su hermana como única heredera de una fortuna bastante considerable, añadiendo, que dentro de dos ó tres dias iba á contraer matri-

1. El ejército francés que invadió la Rusia en 1812, fué casi enteramente destruido por el excesivo rigor del frío.

monio con el hijo de un comerciante no ménos rico y acaudalado. Al oír estas nuevas cayó Drymel en profunda meditacion; dirigió sus pasos á orillas del Ródano, y siguiendo por una calle de árboles que conducen hasta su confluencia, se preguntó qué partido deberia tomar. ¿Iré á



Lyon. — Vista tomada en frente del Palacio de Justicia.

presentarme en casa de mi hermana á pedirla mi parte de la herencia peterna? Cierto es que estoy en mi derecho; pero va á casarse con un jóven á quien ama sin duda; el padre de este jóven pasa por ser interesado y codicioso; si se disminuyen en una mitad los bienes de mi hermana, seguramente no se efectuará el casamiento, ¡y entonces seria yo quien habria destruido el porvenir de mi hermana,

de esa pobre niña que tanto he querido! ¡Oh no! Dejémosla su dicha y su esposo. Me creen muerto; mi plaza en este mundo está ocupada, pues bien, no la reclamaré. ¡Libreme Dios de entristecer las fiestas de la boda con la aparición de un rostro olvidado hace largo tiempo; iré á Marsella, allí encontraré buenos amigos, mis compañeros de colegio, que me abrirán sus brazos, y si tengo que pasar algunos días malos, preparado estoy á ello. ¿Qué puedo temer ya despues de lo que he sufrido?

Drymel habia tomado una resolucion irrevocable, pero no podia arrancarse de su ciudad natal sin haber visto á su hermana una vez por lo ménos. Guardó el mas estrecho incógnito en Lyon, y llegado el día del himeneo, fué á la iglesia donde debia celebrarse; colocóse detras del pilar mas próximo al altar y esperó á los novios y á su séquito con una impaciencia que apenas podia reprimir. Las sillas estaban dispuestas para los asistentes, y un reclinatorio con dos cirios para los desposados. Llegó al fin el cortejo, y con una vivacidad que le hubiera descubierto si no estuviera ocupada en otro punto la atencion de los circunstantes, exclamó: « ¡Ella es, sí, ella es! ¡Qué aire tiene tan amable y bondadoso! » Pero en medio de aquella brillante reunion, nadie hizo alto en un jóyen, pálido, delgado, envuelto en un es mal capote gris, y medio oculto detras de una columna; asíes que no fué conocido de nadie. Reclinado sobre la silla de delante, contemplaba extasiado á su hermana; luego, fijando en su marido una mirada escrutadora, trataba de adivinar en sus ojos y en sus menores movimientos si haria feliz á la que se entregaba á él para toda su vida. En el momento en que la desposada pronunciaba con voz conmovida el sí que unia eternamente su destino, Drymel cayó de hinojos y pronunció por ella una de esas preces que llegan hasta el cielo, porque son desinteresadas.

Despues de la misa se colocó Drymel cerca de la puerta por donde debia pasar el cortejo nupcial. La jóyen desposada notó en medio de la multitud aquella cara pálida y grave; se detuvo, miró fijamente y pasó. Drymel estaba á punto de

arrojarse á los brazos de su hermana, pero su valor le contuvo y se alejó de allí con rapidez.

La misma noche salió con direccion á Marsella, en donde encontró á un antiguo condiscípulo que á la sazón era un comerciante probo é inteligente. Oyó el relato de Drymel respecto á lo sucedido en Lyon; le manifestó un enternecimiento mezclado de respeto, y prometió guardar inviolablemente el secreto. Tenia entónces un buque que estaba haciendo su cargamento para la América meridional, y propuso á Drymel una plaza en el buque interesándole en las mercancías, oferta que aceptó Drymel de buena gana, y de este modo salió de Francia quince días despues de haber vuelto á ella; desde entónces no se ha vuelto á saber de él. ¿Habrá conseguido hacer fortuna con que venga á disfrutar de ella algun día al lado de su hermana, ó acaso su salud, ya tan quebrantada cuando salió, no pudo resistir la fatiga de aquella travesía tan larga? Se ignora completamente; pero es seguro, que en este ó en el otro mundo ha recibido ya su recompensa.

AMOS Y CRIADOS.

Acostumbraos á ser hermanos y bondadosos para con vuestros servidores. Ha dicho un sabio « que es preciso mirarlos como á amigos desgraciados. » Reflexionad que sólo debeis á la casualidad la extrema diferencia que existe entre ellos y vosotros; no los hagais sentir su situacion; no aumenteis sus penas; no hay cosa mas baja que ser altanero con quienes están sometidos á vuestro dominio. No empleeis palabras duras; siendo el servicio contrario á la igualdad natural de los hombres, debemos suavizarle. ¿Tenemos derecho á exigir que estén exentos de defectos nuestros criados, cuando todos los días les mostramos los nuestros? (MADAMA DE LAMBERT.)

Nada es tan frecuente en el mundo como los funestos cambios de la suerte. Engañadas muchas familias ricas y felices por la inestabilidad de la fortuna, caen de repente en una miseria absoluta. ¿Dónde hallará recursos su desesperacion? Con frecuencia será en la piedad, en la abnegacion de pobres sirvientes que les fueron adictos en los días de su opulencia. (L.)

Gaugelme.

[1848.]

Durante la expedicion de San Luis á Egipto, fué atacado de la peste un ayuda de cámara del rey, quien al saber que